


Sandra Pina

Corazones, caras y besos

ilustraciones: Joãocare

traducción: Anna Cortils Munné



Octaedro 

CORAZONES, CARAS Y BESOS

Título original: *Corações, caras e beijos*, Cortez Editora, São Paulo, 2013

Autora: Sandra Pina

Ilustraciones: Joãocare

Traducción al castellano de Anna Cortils Munné



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional.

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura de Brasil / Fundación Biblioteca Nacional.

Primera edición: octubre de 2014

© 2013 Cortez Editora e Livraria LTDA, São Paulo, Brasil

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

<http://www.octaedro.com>

e-mail: octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-596-9

Depósito legal: B.20.723-2014

Diseño y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Open Print

Impreso en España

Printed in Spain



Especialmente para ti, que acabas de abrir este libro.

*Existe por ti, para ser uno entre muchos
que formarán parte de la historia de tu vida.*

Dice el refrán...

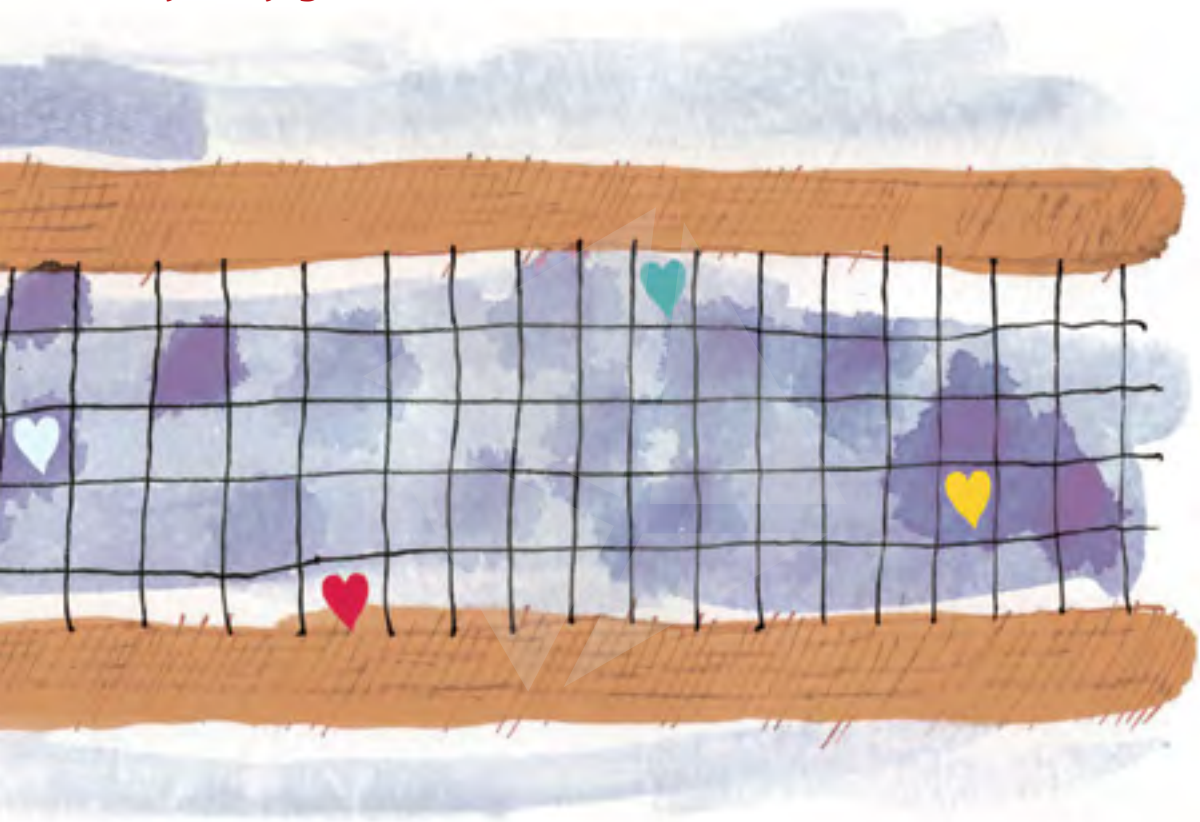
... que: «Caras vemos, corazones no conocemos». Creo que debería ir más lejos: «Tampoco conocemos los deseos, ansiedades, miedos, incertidumbres y mucho más.

Y cuando vemos tantas caras no nos imaginamos que esconden muchos secretos...»



¿Crees que estoy filosofando demasiado? Pues sí, confieso que necesitaba encontrar la manera de empezar esta historia. Digo esto porque, si supieras lo que sucedía en los entrenos de aquellos equipos de voleibol del club, entenderías perfectamente el significado de lo que escribí en el párrafo anterior.

Vamos a lo que nos interesa: los hechos. Empezaré por un entreno en especial, cuando Geísa, la entrenadora del equipo femenino, llamó la atención a una de sus mejores jugadoras:



—¡Hola, aquí la Tierra! Natalia, ¿puedo saber en qué mundo de la galaxia dejaste tu concentración hoy? ¡Hace dos horas que estamos entrenando y hasta ahora solo has acertado dos saques!

A pesar de ser supercompañera y muy querida por las chicas, Geísa era una entrenadora dura. Era rigurosa durante los entrenos, exigía disciplina, concentración y principalmente compromiso. Lo explicaré mejor: los equipos femeninos de voleibol del club fueron ganando fama y títulos a lo largo del tiempo con la entrenadora anterior. Geísa había sido una de las estrellas del equipo en otros tiempos, pasó por todas las categorías base hasta jugar profesionalmente durante muchos años. Hizo del deporte su vida. Cuando dejó de jugar decidió ser entrenadora. Estudió, se preparó y trabajó en diferentes clubes hasta conseguir regresar al club de su corazón, decidida a mantener la buena reputación del equipo.

Pero... regresando al entreno.

Natalia sabía que Geísa tenía razón, aunque no era fácil olvidar...

...la última nota.

¿Última? Tal vez te estés preguntando: «Si dijo la última es porque hubo otras notas». Entonces tal vez estés creyendo que empecé la historia por la mitad, ¿verdad? Puedes tranquilizarte, que no es así. Entonces, continuemos.



Hacía algunas semanas que Natalia encontraba notas en la taquilla del club en las que le echaban piropos: le decían lo bonita que era, que jugaba bien y cosas por el estilo. Hasta entonces, a pesar de encontrarlo divertido ella podría jurar que tan solo era una broma de sus amigas, que sabían de su interés por Rico, el principal rematador del equipo masculino. Por eso mismo, no lo había comentado con ninguna de las dos. Fingió que no estaba pasando nada para que ellas no tuvieran el placer de reírse a su costa.

Pero esta vez la cosa había seguido por otro camino. Además, estaba segura de que Raíssa no llegaría tan lejos. Y Sofía no parecía tener ese tipo de humor, y mucho menos tenían tanta intimidad como para que pudiera saber tantas cosas sobre su vida.

Aun así, solo para estar segura decidió comparar la letra de las notas con la de ambas. Ni de lejos eran parecidas.

Entonces decidió contárselo todo rápidamente, antes del entreno, aún en el vestuario.

—¡Uau! —Raíssa se mostró animada—.
¿Será él? —y le guiñó un ojo.

—¡Déjate de bromas Rá! Rico nunca me miraría, y mucho menos me mandarías notitas. ¿Estás loca?

—¿Y por qué no? —preguntó Sofía—. Eres bonita, divertida y simpática.







—¡Sofía! ¡No conoces a Rico! Apuesto que se interesaría por Rá, pero no por mí. Soy demasiado «normal» para sus patrones.

Aquella nota simplemente decía: «Hablamos después del entreno». Y Natalia empezó a creer que las notas eran realmente de un chico. Incluso le gustaría decirle a Geísa que su concentración estaba en el «planeta nota», pero eso era impensable.

—¡Natalia! ¿te decides a entrar en el juego o te tengo que dejar en el banquillo?

—¡Disculpa, Gê! Juro que prestaré más atención. —Y se dijo a sí misma: «Nat, concéntrate. No quieres quedarte en el banquillo, no quieres perder tu lugar en el equipo. Déjate de burradas, Nat. ¡Concéntrate!».

Era un entreno especial. El penúltimo antes del partido de la semifinal del campeonato estatal. Las chicas tenían que dar lo mejor de ellas. Todas querían estar preparadas y ganar el siguiente partido.

Querían llegar a la final. Querían ser campeonas estatales. Querían disputar el campeonato nacional.

Geísa empezó a aplaudir, señalando que era hora de que el equipo parara y se reuniera a su alrededor.

—Nuestro entreno colectivo hoy será un poco diferente. El partido del sábado es ultraimportante y muy especial. Por lo tanto, el entreno de hoy también lo será.

—¿Qué tipo de entreno tan especial es este, Gê? —preguntó Raíssa.

—*Conversando con Luis Alberto, surgió la idea de enfrentarnos a los chicos y...*

—*¿Quieres decir que vamos a jugar contra el equipo masculino, Gê?*

—preguntó Sofía asustada.

—*¡Ellos golpean demasiado fuerte!* —rechistó Alice.

—*¡Nos pueden reventar con un pelotazo!* —dijo Maura.

—*¡Caramba! ¡Qué exageradas que sois!* —se rió Raíssa—. *¡Puede ser muy divertido!*

—*Un poquito de calma! Nadie saldrá herido de aquí. Luis Alberto me ha jurado que los chicos están concienciados de que jugarán contra vosotras. Lo que yo quiero es que os esforcéis para ganarles. Sin miedo. La idea es que juguéis contra un grupo que tiene más fuerza física, porque vamos a enfrentarnos a un equipo cuyas jugadoras son más altas y más fuertes. Por eso, quiero que en este entreno con el equipo masculino no os sintáis intimidadas por la fuerza con la que ellos impactan la pelota. Miradlos e imaginad el partido del sábado. Acordaos de que jugaremos contra un equipo que no medirá su fuerza, y mucho menos en los remates* —miró a Maura— *con tal de ganar este partido. ¡Ellas nunca han llegado a una final, muchas de las jugadoras se están despidiendo de la categoría y algunas quieren pasar a los juveniles como campeonas para continuar su carrera en el vóley.*

Mientras Geísa daba explicaciones y hacía todo aquel discurso para motivar al equipo, Natalia solo conseguía imaginar que el autor de las notas podría estar en el otro lado de la red. Mirándola. Imaginando que ella estaría intentando descubrir su identidad. Era casi como estar desnuda en medio de la pista. Sentía vergüenza solo de imaginar la escena.

De repente Natalia se sintió traicionada. Al final, fuese quien fuese el autor de las notas sabía lo que los entrenadores habían pactado, mientras que a ella la habían pillado por sorpresa.





—*Relájate, Nat* —era la voz de Sofía, susurrándole al oído—. *Finge que ni siquiera está ahí.*

—*Es muy fácil hablar, ¿no? ¿Y si te pasase ti?...*

Pero la llegada de los chicos interrumpió a Natalia.

—*¿Lo ves?*

—*¿A quién?*

—*¡A Rico! Entró en el gimnasio sin parar de mirarme.*

—*¡Nat, despierta! Solo estás pendiente de Rico. ¿No te das cuenta de que todos nos están mirando?* —Sofía empezaba a impacientarse—. *Fíjate, Geísa te está llamando.*

El grupo se reunió nuevamente alrededor de la entrenadora para escuchar algunas instrucciones más.

Las titulares se posicionaron en la pista. Las reservas se fueron hacia el banquillo. El partido empezó.

Era duro. Los dos grupos jugaban como si se enfrentasen contra un club rival. Juego serio. Sin tiempo para bromas. Ellas porque querían estar listas para lo que les esperaba el sábado. Ellos porque detestarían irse a casa habiendo perdido contra las chicas. Al fin y al cabo, los chicos eran físicamente más altos y más fuertes. No fue al tuntún que, sin que nadie lo supiese, Geísa y Luis Alberto habían pactado que, bajo ningún concepto, habría un quinto set en caso de empate en los cuatro primeros.

«¡Vengaaaaaaaaa!» reclamaron todos en vano. Y alguien gritó en medio de la pista:

«¿¡Vamos a la piscina a relajarnos!?»

—¡Chica, me ha gustado cómo has jugado! —Raíssa le dio una palmadita en el hombro a Natalia—. ¡Ojalá que saques de esta manera el sábado! Has mandado todas las bolas directas a Raí.

—Sí, ¿no? —Natalia se rió—. Si en su equipo hay un punto débil es la recepción de Raí.

—Pero es la única cosa que no hace bien en la pista —Raíssa se rió—. Golpea bien, saca bien, defiende bien, es un primor...

—Pero Rico es mucho más...

Prácticamente todos los jugadores de los dos equipos ya estaban dentro del agua cuando ellas llegaron.

No era una novedad. Los equipos entrenaban tres veces por semana, cada uno en un horario diferente y era muy común que después de los entrenos el personal se relajase en la piscina, especialmente los días más cálidos.

Era un momento en el que nadie quería saber nada de la pelota. Estaban allí para refrescarse, nadar y divertirse. Sofía, tímida y más quieta se sentó en el borde de la piscina, con los pies dentro del agua, observando a sus amigos y pensando en cómo había cambiado su vida en los últimos meses.

Raíssa, fiestera como era, montaba la juerga, hablaba con todo el mundo, hacía bromas, se reía de todo. En resumen, como casi siempre, ella era el centro de las atenciones. Le gustaba. Le gustaba ser la reina de la fiesta.

